

más directos de José Doménech. Pero al final éste ha quedado solo, sin competencia...

Algunos me han preguntado: Oye, Gene, «Pepet del jazz» dicen que no sabe música. ¿Es eso cierto? Y yo, les contesto invariablemente: *antes, no sabía*. El muchacho tenía condiciones para ser un «drummer» aceptable e ignoraba que el solfeo y la teoría son las bases primordiales de todo buen músico. ¡Cuánto error hay en los que creen que para ser un «batería» aceptable debe adquirirse simplemente el instrumento y meterse por la puerta grande en una orquesta!... Con la orquesta «Selección», Doménech ha estudiado, purificando su estilo, y ahora no abusa del constante ruido del bombo, ya que antes parecía le diese una zorra a un colchón. Con el magnífico repertorio de la orquesta, uno no puede estar tranquilo y concretarse a un monótono ritmo de a cuatro. Hace falta algo más: dominio de baquetas y pedal; gusto con las escobillas, los platos y golpes o redobles precisos con los tímpanis, que Doménech ha logrado interpretar como si de resolver se tratara el teorema de Pitágoras. Y sus *breaks* responden a la calidad del número que interpreta. Es decir, ha suprimido el «ruido», cosa tan frecuente en un «batería» mediocre.

Viendo actuar a José Doménech en el tercer piso de la orquesta, pecho a fuera y con una seriedad poco frecuente en un «drummer», entregado en cuerpo y alma a la música de jazz, hace el efecto de un maniquí perfecto que responde a las señales que los compases le van dictando.

Y dejando por breves momentos el

concepto musical de José Doménech, nadie ignora, además, principalmente los amigos, que nuestro interlocutor es un ajedrecista consumado. Pero no un ajedrecista de torneo, sino pintoresco en su manera de jugar. Yo he disfrutado de lo lindo viendo una partida de ajedrez entre Doménech y el dueño de un importante bar, refugio de muchos músicos. Una partida con «Manel» y Doménech era algo encantador—digo «era» porque de muchos días a esta parte se han suprimido las partidas por cansancio de ambos jugadores—.

La partida transcurría en un ambiente de expectación. Doménech hacía saltar el caballo de blanco a blanco con una facilidad asombrosa; el alfil cuadro blanco pasaba al negro sin darnos cuenta, como por arte de magia, y si llevaba las de perder, se hacía el «enroque» diferentes veces para salvar al rey. Era regla de escamoteo que Doménech hacía pasar por las narices del contrincante. Una partida así era un espectáculo con ilustraciones musicales, que nuestro interlocutor amenizaba con música de jazz y silbando muchas veces melodías ininteligibles. Naturalmente, al contrincante, nervioso, poco aficionado a esta clase de música y con ganas de vencerle—aunque raras veces podía—se le crispaban los nervios y la partida terminaba con un vocabulario poco frecuente, las piezas al aire y muchas veces el tablero y las mesas a punto de estropicio. Los Najdorf, Poñar y Medina resultaban pequeñitos ante tamaña demostración de facultades y el noble juego del ajedrez quedaba como el vulgar juego de la *mona*. En un par de horas, hacer diez o doce partidas era cosa frecuente;